



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Estipulado, dictado, definido y comentado
por el Eminente Profesor Roger Chartier

El Pequeño Chartier Ilustrado

Breve Diccionario del Libro, la Lectura y la Cultura Escrita

Ediciones  UACH

Colección Austral Universitaria de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades

Investigación, prólogo y edición de Pedro Araya R. & Yanko González C.

Ilustraciones de Isabel Guerrero S.

Esta primera edición en 1000 ejemplares de

EL PEQUEÑO CHARTIER ILUSTRADO

Breve Diccionario del Libro, la Lectura y la Cultura Escrita

Estipulado, dictado, definido y comentado por el Eminentísimo Profesor Roger Chartier

Investigación, prólogo y edición de Pedro Araya R. & Yanko González C.

se terminó de imprimir en agosto de 2021

en los talleres de Andros Impresores

☎ (2) 25 556 282

www.androsimpresores.cl

para Ediciones Universidad Austral de Chile

☎ (56-63) 2444338

www.edicionesuach.cl

Valdivia, Chile

Dirección editorial

Yanko González Cangas

Cuidado de la edición

César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación

Silvia Valdés Fuentes

Ilustración de portada

«Ch», de Isabel Guerrero S.

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2020

© Roger Chartier, 2021

© Pedro Araya R. & Yanko González C., 2021

© Ilustraciones de Isabel Guerrero S., 2021

ISBN: 978-956-390-161-0



PROYECTO FINANCIADO
POR EL FONDO NACIONAL
DE FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA,
CONVOCATORIA 2021

Libro. Cualquiera que sea, siempre demasiado largo
(Flaubert, *Dictionnaire des idées reçues*)

Contenido

Vocalizar un libro: Historia y memoria de este diccionario 13

Apropiación 23

Biblioteca 27

Borges 33

Canon 41

Censura 47

CH [letra] 53

Dios 57

Edición 61

Formato 67

Fragmento 71

Gutenberg 75

Historia social de la cultura 81
[o historia cultural de lo social]

Ilustración 85

Juventud	95
Kindle	101
Lector [muerte del]	105
Librería	109
Memoria	113
Narrativa	119
Ojos	123
Plagio	127
Quijote [don]	131
Representación	137
Shakespeare	143
Traducción	149
Universidad	155
Voz	159
<i>Wreader</i>	165
Xilografía	169
Yo [literaturas del]	175
Zoología	181

Vocalizar un libro:
**Historia y memoria de este
diccionario**

En octubre de 2016, Roger Chartier (Lyon, 1945), permaneció varios días en Valdivia. El historiador francés, de vasta trayectoria, vino a esta ciudad invitado a participar del 60° aniversario de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile, la que quería conmemorar su nacimiento homenajearlo a su decano fundador (Eleazar Huerta) con un invitado que no solo prosiguiera la huella de los estudios literarios y filológicos, sino que celebrara los saberes cruzados, sinérgicos y en tránsito inquieto entre disciplinas humanísticas y científico sociales que, en el caso del profesor Chartier, se cumplían ejemplar y brillantemente. Por todo ello, la decanatura de la Facultad de Filosofía y Humanidades en conjunto con la Editorial de la Universidad Austral de Chile, le había propuesto publicar algunos de sus trabajos recientes en la colección Biblioteca Luis Oyarzún, colección que reunía obras divulgativas sobre el libro, la lectura y escritores. Al igual que con la invitación a venir a Valdivia, ante la idea de un nuevo libro se mostró generoso y entusiasta. No obstante, al pisar suelo local, su respuesta final —con deje travieso y perspicaz— nos dejó atónitos: no quería escribir un libro al uso, quería regalarnos un libro íntegro «contado» desde su memoria, es decir, oralizar dialógicamente una nueva obra. El tema: nada más y ni nada menos que un diccionario sobre el libro y la lectura. Como es de suponer, pasarán varios años y

variadas circunstancias para que esta quimera se materializara. Pero no nos adelantemos.

Durante su estadía en Valdivia, el profesor emérito del Collège de France y Director de Estudios de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París, dictó la charla magistral «El presente del pasado. Historia, memoria, literatura», en la que abordó una profunda revisión del modo y método de construcción de la historia, que decanta en una propuesta crítica que complementa la tradición formal de la escritura de la historia con la integración de la memoria y de la ficción como elementos constitutivos de la realidad, reformulando con ello el paradigma y asidero del relato histórico. «Las obras de ficción, al menos algunas de ellas, y la memoria, sea esta colectiva o individual, le dan también una presencia al pasado, a veces o a menudo más poderosa que la establecida por los libros de historia», explicaba. De esta manera, la asistencia pudo tener una primera aproximación a una mirada que propone ampliar los límites de la curiosidad.

La impresión que causa escuchar o leer a Roger Chartier es la de acercarse a una manera original y sagaz de preguntarse por las cosas. No por nada es uno de los investigadores franceses más reconocidos en el ámbito de la historia de la cultura, siendo considerado uno de los principales representantes de la última generación de la Escuela de los Annales. Su trabajo se ha centrado en la historia cultural y, en particular, en el estudio de la articulación de la historiografía, la escritura, el libro como objeto impreso y las prácticas de lectura, entre otros; es decir, comprender la cultura escrita en su complejidad y en su historia.

Ahora bien, Roger Chartier es un viajero consumado, un académico que imparte cursos y conferencias en universidades de distintos continentes, siendo así embajador de sus propias investigaciones y representante cualificado de la cultura historiográfica francesa. A poco andar, a partir de los años ochenta, el autor se convierte probablemente en uno de los conferenciantes más prestigiosos y reclamados de su profesión, tanto por sus logros —su perspicacia y creatividad— como por ser portador de ciertos valores añadidos. Por un lado, por ser un interlocutor de algunos de los filósofos y científicos sociales más sobresalientes de la Francia de aquellos años, dialogando con intelectuales de la talla de

Pierre Bourdieu y Michel de Certeau, entre otros, y siendo uno de los primeros defensores de la obra de Michel Foucault. Por otro lado, no deja de ser relevante la tesitura humana y estatura intelectual de Roger Chartier, hecho que algunos pudieran considerar circunstancial, pero creemos muy significativo.

Se trata de una persona que ha demostrado una sorprendente capacidad de investigación y puesta en relación de sus hallazgos, siendo autor de una obra prolífica que se distribuye no solo en Francia sino también en aquellos países que frecuenta. Es por ello que su currículum se multiplica y se desborda en lenguas y países distintos, resultado de estadias y conferencias, de diálogos siempre enriquecedores. El autor de *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* domina, además, varios idiomas de manera envidiable, lo que facilita el contacto con auditorios y colegas diversos. Es una persona que demuestra un interés voraz por las historiografías de otros países, por las novedades editoriales que aparecen por aquí y por allá, estando al tanto de lo que otros hacen. Se trata, en fin, de un académico cuyo talante personal es abierto, accesible, dotado de un don de gentes envidiable, sin esos envanecimientos tan frecuentes en el mundo académico.

Pero Chartier es, ante todo, un lector. Por los temas que trata — casos de estudio o hallazgos paradigmáticos de la cultura escrita occidental—, la intervención breve o el ensayo parece ser la forma adecuada que ha encontrado para abordarlos. Su obra ha aparecido dispersamente en revistas y en diversos trabajos colectivos, del mismo modo que muchos de sus artículos se publicaron en inglés, alemán o en italiano por vez primera. Desde que irrumpe en el debate historiográfico, todo parece indicar que sus estudios giran en torno a la historia del libro y de la lectura. De cualquier manera, estudiar la edición de obras pareciera ser un trabajo esencialmente erudito, lo que lo integraría a la vasta corriente francesa dedicada a la historia del libro. Sin embargo, en Roger Chartier el libro y la lectura lo conducen a un análisis meta-reflexivo y a descomponer el objeto en múltiples instancias, en el que cada asunto, cada caso de estudio, revela dimensiones nuevas e imprevistas, interrogándose sobre evidencias y *a priori* antropológicos.

El autor es también consciente de que existen disciplinas próximas que han tratado estos objetos, y que lo han hecho con autoridad, en el pasado y en el presente. De estas aportaciones, parece tomar las que le sirven para zafar de un análisis «tradicional» o estructural del texto, del discurso. Caso a caso, se van desplegando los traslados de su labor como historiador que ha compartido con la historiografía francesa, europea y norteamericana, desde entonces. La idea clave es la de considerar el libro como un texto y como un discurso que adquiere una forma específica (históricamente marcada), y como un artefacto material ideado por autores, fabricado por impresores o editores, y usado por unos destinatarios: lectores que *se apropian* de ellos. Los impresos son «objetos» inestables. Para Roger Chartier eso significa modificar la perspectiva: focalizarse ya no solamente en el contenido discursivo del texto, sino también en sus condiciones de producción, los gestos, las prácticas sociales. Es así como introduce aspectos dejados de lado tradicionalmente por la crítica. Por lo que partiendo de la materialidad de los objetos culturales y de su participación en los procesos sociales, propone no solo estudiar el significado de los textos, sino los fenómenos de *apropiación* —concepto clave en el pensamiento del autor— que implican un uso y unas prácticas alrededor de los objetos culturales dentro de un determinado contexto histórico. La sociedad transforma los libros, pareciera insistirnos.

Su producción como autor, se vislumbrará, es abundante. Entre sus numerosas obras traducidas al castellano destacamos *El mundo como representación* (1992), *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (1993), *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XV y XVIII* (1994), *Espacio público, crítica y desacralización: los orígenes culturales de la Revolución Francesa* (1995), *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin* (1996), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (junto a G. Cavallo, 1997), *Cultura escrita, literatura e historia* (1999), *Las revoluciones de la cultura escrita* (2000), *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito* (2005), *Inscribir y borrar: cultura escrita y literatura [siglos XI-XVIII]* (2006), *La historia o la lectura del tiempo* (2007), *Escuchar a los muertos con los ojos* (2008), *El sociólogo y el historiador. Pierre Bourdieu & Roger Chartier* (2011), *La obra, el taller y el escenario. Tres estudios de movilidad textual* (2016), entre otros.

En cada uno de estos libros vemos cómo se despliega y modula una nueva forma de hacer historia, que integra lo cultural en lo social, y a la que el mismo autor ha denominado «historia cultural de lo social». Este desplazamiento, en el caso específico de la historia de la cultura escrita, no significa solo reevaluar los documentos impresos o manuscritos, sino intentar comprender, en palabras de Roger Chartier, «la lógica que funda los gestos y las prácticas», en un juego de relaciones entre estructura física o materialidad, lectura y legibilidad, y en el que también participan otros componentes, como las representaciones sociales. Se trata, en suma, de captar lo que una sociedad entera escribe o lee, lo que requiere una metodología abierta al diálogo interdisciplinar.

Así, el proyecto que sostiene la historia de la cultura escrita, de la que nuestro autor es uno de los más destacados oficiantes, va más allá de considerar la escritura como un mero sistema gráfico para focalizarse particularmente en sus múltiples funciones y las prácticas materiales que ella conlleva, siempre en referencia a los contextos históricos y sociales, sin olvidar que en cada momento las sociedades han estado formadas por alfabetizados y analfabetos. Por ello, la cultura escrita en cuanto práctica social nos sumerge en una aventura tan apasionante como la de reconstruir, a partir de los propios testimonios escritos y sin obviar su análisis formal, el significado y el uso que le han dado las respectivas sociedades a lo largo del tiempo. El hecho escriturario, entonces, aparece en la cotidianeidad de sus usos como un fenómeno lleno de matices, objeto de distintos puntos de vista y prácticas, tanto vinculadas a las maneras de leer como a las apropiaciones experimentadas por los lectores, incluyendo los oyentes de las lecturas en voz alta, los copistas, los contestatarios o los censurados, entre otros.

Este desplazamiento implica un nuevo objeto de estudio y, en consecuencia, nuevos métodos y nuevas fuentes. Si hasta hace poco la escritura y la lectura se habían considerado como objetos de estudio separados, movilizando saberes específicos y tradiciones nacionales estancas, el objetivo de la historia de la cultura escrita pasaría justamente por ensamblar, en una historia de la larga duración, los diferentes soportes del escrito y las diversas prácticas que lo producen o lo apropian.

Como explica Roger Chartier, la historia se mueve en un doble sentido. Por un lado, los cambios del pasado nos pueden ayudar a comprender las transformaciones del presente. Y viceversa, las experiencias y prácticas de nuestro tiempo nos permiten entender de otra manera las transformaciones sociales y culturales, como la emergencia de la imprenta, del telégrafo, la figura o noción del propio autor, del libro impreso, entre otros. Más que ver el pasado como un relato congelado, las actuales mutaciones nos permiten revisitarlo con otras miradas; de la misma manera, en vez de propugnar predicciones a la rápida sobre el futuro, conviene indagar sobre los cambios del pasado para comprender mejor el presente y sus transformaciones. La misión del historiador, en este caso, no es dar pautas normativas sino exponer las repeticiones de sucesos del pasado en el presente. Proteger las huellas del pasado en el presente es político, planteará Chartier.



Durante esos días de primavera de 2016 en Valdivia, nuestro Roger Chartier también dictó charlas abiertas a la comunidad valdiviana. Recorrimos a pie parte de la ciudad, la costa, presenciamos una marcha de protesta y nos acercamos a los afiches contra el femicidio que inundaban la pérgola de la Plaza de Armas. Su curioso permanecía intacto. «Cada uno tiene su Foucault», decía. Para nosotros, ese tiempo tuvo el sino de la hospitalidad del diálogo. A poco andar y superada nuestra tímida gratitud, retomamos la conversación sobre su propuesta de hacer un diccionario del libro y la lectura «vocalizado». Le preguntamos sobre cómo podríamos llevarlo a cabo y —suponemos—, pensando en nuestro oficio de antropólogos, nos propuso realizar todos los días —desde la hora del desayuno hasta la del almuerzo— entrevistas dialógicas y en profundidad para «modular» el diccionario, comenzando —de común acuerdo— con la letra F, de fragmento, pues además, el *lexicón* sería una obra «tomoscópica», en que el lector podría llevarse el corazón de múltiples ideas a través de una sola pieza. El desafío era enorme. Se trataba de llevar a cabo conversaciones sobre todos los temas imbricados con la lectura y el libro como bienes materiales y culturales,

y que en su larga trayectoria le importaban, de manera de ahondar desde diversos flancos el despliegue de su mirada. El entusiasmo de nuestro, a estas alturas, querido Roger confirmaba sus dones no solo investigativos, sino creativos.

Aquel octubre, el clima en Valdivia ya estaba templado. Nos reuníamos cada mañana en el vestíbulo del hotel en el que se hospedaba, junto al río. Chartier aparecía de chaqueta y corbata, sonriendo. Azuzados por su erudición e inagotable energía comenzábamos pronto la plática, buscando y capturando problemas que, corporeizados en conceptos y siguiendo a tientas la progresión del alfabeto, nos permitiera navegar por los meandros de sus tesis principales, ya sobre la historia, ya sobre el presente, de la infinita constelación sobre lo escrito y lo impreso. A veces, llegaba con conceptos cavilados en la madrugada y nos persuadía de incorporarlos y conversarlos sin demora; otras, aceptaba de buen gusto nuestras propuestas e incorporaba críticamente en sus reflexiones algunas de nuestras premisas. Durante esas vívidas mañanas, reunidos, conversando, nos perdíamos en el entorno de sus observaciones, que huían de esos lugares previstos de enunciación, y en las que afloran giros nuevos y conexiones dotadas de agudeza e imaginación. Surgió, de todo ello, un pensar en el que la visita al pasado solo se entiende desde la experiencia del presente, guiado por un intelectual asertivo y generoso, tanto con los saberes discrepantes como con aquella necesidad social de entender e incidir en esos saberes en juego. Debido a ello, este libro tiene las profundas huellas de su voluntad comunicativa y democratizadora por diseminar sus hallazgos en espacios sociales más amplios. Aunque inevitablemente «embalsamada» por la escritura, la oralidad primera de este diccionario supuso —y esperemos que así se aprecie— este compromiso desinteresado por ir al encuentro no solo de nuevos lectores, sino de viejos «auditores».

En este sentido, nos cabe agregar una advertencia. En el propio «trabajo de campo» —después de una de las largas sesiones y dirigiéndonos hacia la costa de Valdivia— le propusimos titular este diccionario como *El pequeño Chartier Ilustrado*. En la oportunidad, no le causó la gracia que nos produjo, pensando en todas las generaciones de compatriotas que se alfabetizaron alegremente leyendo el lumínico *Petit Larousse*

Illustré. Absolutamente modesto, quizás veía en este título un lugar demasiado protagónico de su nombradía para un diccionario divulgativo —ni «autorizado» ni autoritario— sobre lo que versa. Insistimos para hacerle ver que su provocación creativa debía completarse hasta sus últimos encantos, colocando a disposición, además de sus definiciones, algunas evidencias visuales de lo inteligido. De ahí que, al igual que su pariente Larousse, el diccionario Chartier se acompañe con ilustraciones de la artista valdiviana Isabel Guerrero, donde esta pequeña obra fue entonada.

Debido a ello, y con todo lo dicho en forma precedente, no es capricho el referirnos a esta obra como un diccionario. Sabemos que diccionarios hay de diversa índole: enciclopédicos, históricos, ideológicos, de sinónimos y antónimos, bilingües, especializados, técnicos, etimológicos, entre otros. Concebidos, acaso, bajo el afán de ordenar el mundo, el de las palabras y las cosas, en ellos subyace el deseo moderno de aprehender y darle orden a la realidad. Sin embargo, en nuestro caso, dadas las circunstancias en que se elaboró esta obra, creemos que bajo esa misma palabra murmura, como eco, la propia etimología del término: proveniente del bajo latín *diccionarium*, ella se descompone en el término *dictum*, que significa «decir» o «indicar»; el sufijo *—io*, que indica «acción o efecto»; y el sufijo *—arium*, que indica relación o pertenencia. Se trata, pues, de relacionar la acción y el efecto de lo dicho o indicado.

Por otra parte, esta obra, en su propia forma, ilustra algunas de las ideas fundamentales para comprender la cultura escrita en su complejidad y en su historia. Quizás de forma más explícita que en otros casos, un libro como este, fundado en el diálogo oral, supone un conjunto de mediaciones e intermediarios entre las palabras dichas y las páginas impresas. Ello muestra que nadie escribe solo. La propia construcción de este libro hizo concurrir el oficio y la atención de todos aquellos que contribuyeron a darle forma en sus diversas etapas: los partícipes de las conversaciones, la grabación de los diálogos, su posterior transcripción, la corrección de lo transcrito y su puesta en texto, su relectura, edición, composición, corrección, impresión, entre otros. Los libros, este diccionario, son sustancias sujetas a numerosas intervenciones, que variarán de acuerdo con los tiempos y los lugares. En esta obra, el corte que separa la palabra viva del texto escrito también expone su

paradoja: solo gracias a su transcripción puede la palabra oral dejar huella; pese a ello, la puesta en escrito (y la publicación) no borra del todo lo que hay de específico en esa oralidad que encadena espontáneamente las ideas, con menos temor a las digresiones y devaneos metafóricos y, acaso, menos restringida por la norma y las convenciones. Aunque siempre tensionados por el libro, la lectura y la cultura escrita, un proyecto de esta naturaleza explica por qué en algunos momentos se vuelve sobre conceptos y categorías de análisis —como juventud, Dios, o historia cultural de lo social— que permiten desplazar la mirada sobre el pasado e intentar un diálogo lúcido acerca de los tiempos que vivimos. Y también, por qué nuestras propias voces como investigadores e interlocutores, aún cuando son especulares a la oralidad de Chartier, aparecen en sordina o solo cuando se pensó imprescindible para capturar el contexto dialógico.

Más silentes, pero no menos importantes, son los nombres que han posibilitado, en el transcurso de estos últimos años, la materialización de este pequeño diccionario y de los cuales estamos profundamente agradecidos: al colega y amigo Sebastián Figueroa —alumno, en su momento, en la Universidad de Pennsylvania, del profesor Chartier— por su trabajo de revisión de los textos y audios que fueron la materia prima de este libro; igualmente, a la profesora Henriette Signer por su revisión idiomática de términos y expresiones en alemán, francés e inglés; y muy afectuosamente al equipo de Ediciones UACH, César Altermatt, Silvia Valdés y María Jesús Hernández, pues fue esta idea de obra y con el profesor Chartier como autor, uno de los primeros «sueños» a publicar por nuestro sello universitario para homenajear al libro y todos sus hacedores.

Finalmente, quisiéramos que este diccionario sea una invitación a sumergirse, a través de las palabras del profesor Chartier, en una mirada tejida al calor del intercambio oral ritualizado, vocalizado y plasmado en un libro; escucharlo con nuestros ojos, y vocalizarlo nuevamente bajo el signo del abecedario. De igual manera, es nuestro empeño que esta publicación de «voces» pudiera responder, como un saludo de reciprocidad, a la militante generosidad de Roger Chartier, contribuyendo, modestamente, a amplificar su permanente ejercicio de lucidez.

PAR & YGC

Valdivia, mayo [en cuarentena], 2021.



Apropiación



Es una palabra interesante, porque puede tener un sentido casi contradictorio. Desde el punto de vista de la fenomenología —y retomada por los estudios históricos—, se refiere a la capacidad de los individuos —como lectores, espectadores u oyentes— de producir algo que no es idéntico a la intención del autor o del editor de la obra que han recibido. El proceso de apropiación es una producción silenciosa de sentido. Evidentemente, se debe conocer cuáles son los límites de esta capacidad de apropiación; reconocer que siempre en la apropiación hay una forma de invención de sentido, de producción de un sentido inesperado. No se debe olvidar, al mismo tiempo, que esta no es una libertad absoluta, sino que siempre resulta de condiciones o posibilidades económicas, sociales, culturales e históricas. Entonces, esta dimensión que se vincula directamente con la perspectiva fenomenológica y hermenéutica (ver, por ejemplo, el famoso libro de Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano*)¹ hace hincapié, sin introducir estas variaciones o desigualdades históricas, en la capacidad creadora de la apropiación. Entonces, debemos retomarla, identificando, para cada individuo, para cada comunidad, para cada grupo social o público, los límites dentro

.....
 1 Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano, I. Artes de hacer*, (1980), México, Universidad Iberoamericana, 1996.

de los cuales es posible esta apropiación. Frente a esto, en el sentido que Foucault le daba en *El orden del discurso*,² la apropiación se refiere al control, al monopolio, a la exclusión, siendo uno de los dispositivos que asegura la *rarefacción* de los discursos que proliferan en una sociedad. Las autoridades imponían restricciones a la circulación de los discursos para evitar que todos se los apropiasen, de ahí los mecanismos de la censura, la difusión limitada de algunos discursos, la imposición de una autoridad, de un poder *sobre* el sentido. Todo estos son mecanismos de exclusión, monopolio, control, que deben, finalmente, limitar la proliferación de los discursos. Como historiadores, podemos jugar con las dos definiciones de la apropiación. Un ejemplo de la segunda definición se da en la escritura. Siguiendo a Foucault, podemos abordar una de las primeras aproximaciones a la relación entre poder y escritura a partir del poder sobre la escritura, atendiendo la expresión de Armando Petrucci. Siempre, las autoridades intentan limitar la capacidad de leer o escribir de algunos grupos sociales y, al mismo tiempo, imponer su control sobre lo que se escribe. Hay que considerar que, tanto para las mujeres como para las clases populares, saber escribir era considerado peligroso o inútil; todo esto define un poder sobre la escritura por parte de las autoridades. Frente a esto, está el poder de la escritura para quienes se han apoderado de esta capacidad como una herramienta de movilidad social, como forma de sustraerse al control de las autoridades y de los dominantes. La capacidad de alfabetización, del saber leer y escribir, puede transformarse en un instrumento de desciframiento del mundo, y dar una cierta posibilidad de resistencia en relación con las imposiciones de las autoridades. El poder de la escritura es una ilustración de la capacidad de la escritura para dar autonomía e independencia a las y los que se apoderan de ella. Se puede escribir la historia de la alfabetización de las mujeres en base a esta dimensión, porque el modelo impuesto es que la mujer debe saber leer para cumplir su papel en la enseñanza de los niños y niñas, pero, por otra parte, la escritura tiene una capacidad peligrosa,

.....
2 Michel Foucault, *El orden del discurso*, (1971), Barcelona, Tusquets, 1999.

porque permite sustraerse a la dominación masculina y la autoridad del marido, del padre y del clero. La alfabetización de las mujeres como proceso de todas las clases sociales, fue la conquista de un saber leer y escribir en contra de la norma que dictaba disociar estos dos aprendizajes, la lectura y la escritura.



Biblioteca



Podemos empezar con la biblioteca en nuestro presente. Es uno de los lugares e instituciones en la cual se pueden encontrar las tensiones o los desafíos del mundo digital... Tradicionalmente, la biblioteca es una colección de libros y de otros textos escritos e impresos que el lector lee en el sitio mismo. De ahí las funciones tradicionales de la biblioteca, la conservación, las adquisiciones y la comunicación a los lectores. Los textos que existen en una forma digital pueden ser leídos en cualquier lugar y por cualquier lector que tenga un aparato que le permita entrar en comunicación con la colección digital. De esta manera, la biblioteca ya no está más vinculada a una institución, con un edificio, con un lugar. Adquiere la dimensión de una biblioteca virtual que, por un lado, cada uno puede construir a partir del acceso a los textos digitalizados y, por otro lado, puede hacer pensar que la biblioteca ya no es más la materialidad del objeto escrito, sino la de cada ordenador en la cual se puede consultar un texto. Cuando *Google* quiso construir esta biblioteca universal, se produjo una reacción favorable en algunas bibliotecas pues, si los textos eran accesibles de esta forma, la biblioteca podía reutilizar sus espacios, liberándose de sus colecciones y ya algunas bibliotecas han transferido sus colecciones impresas a almacenes fuera de sus edificios. Evidentemente, todavía se puede pedir un